

Cuando cuarenta soles transcurrieron,
 Salió Jesus de la ciudad, seguido
 De aquellos que en su amor ha preferido;
 Y juntos dirigieron
 Sus pasos de Bethania á las alturas;
 Allí de dó descubren las llanuras
 De Jericó, y las aguas estancadas
 Del muerto mar, y las corrientes puras
 Del Jordan apacible, sus pisadas
 Detuvo la piadosa comitiva.
 Y allí por vez postrera
 La fuente de agua viva
 A raudales brotó libre y fecunda,
 La creâcion entera
 A rescatar de servidumbre fiera,
 De aquel que en el error su imperio funda.



LA ASCENSION.

Las últimas miradas
 Fijas aun en los que atrás se deja,
 Las manos levantadas,
 Bendice y aconseja
 La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento
 Como se va en los aires elevando,
 Suavísimo concento
 Del cielo fué bajando,
 Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes
Se ciernen por millares de millares
Los fúlgidos querubes;
Y las tierras y mares
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido
Del mar: callan los vientos bramadores,
Y el céfiro dormido
Se oculta entre las flores
Fijas sobre sus tallos cimbradores.

Y hombre, ni bruto, ni ave,
Hubo alguno que osado interrumpiera
Aquel silencio grave;
Y hasta en la azul esfera
Detuvieron los astros su carrera.

Que en calma religiosa
La creacion asiste conmovida
A la ascencion gloriosa;
Y un instante la vida
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre
Sigue del redentor el blando vuelo
La santa muchedumbre
Con amoroso anhelo;
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brillan
El süave fulgor de su semblante,
Cuando una nubecilla
Se puso por delante
Entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,
Trono en el cual á su feliz morada
El rey del cielo sube!
¡O tierra malhadada
De tan sumo tesoro despojada!

¡Qué habrá en el triste suelo
De hoy mas, sino tinieblas y amargura,
E interminable duelo
Si pierde ¡ó desventura!
Al que es de todo bien la fuente pura?

¿A dó volver los ojos,
De amarguísimo llanto escandecidos,
Que no encuentren enojos;
Si están oscurecidos,
De la luz celestial desposeidos?

¿Cómo gozar amores,
De aquel inmenso amor abandonados?
¿Ni cómo los furores
Burlar de crudos hados,
De tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el ser divino
En prenda nos dejó de eterna alianza,
Un faro diamantino
Que alumbra en lontananza
La límpida región de la esperanza!

La fé imperecedera,
Claro destello de la eterna lumbré,
Que en la mortal carrera,
De nuestra servidumbre
Aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma
En medio á las borrascas de la vida;
Suma virtud del alma
Jamás enflaquecida
Aun del báratro mismo combatida.

Hija en fin, predilecta,
Del supremo Señor de lo creado;
Tan pura y tan perfecta
Que el arcángel malvado
Aun la guarda en el reino del pecado!



III.

MARIA EN EFESO.

En el negro horizonte
 Del Gólgota de sangre enrojecido,
 Miro el *Sol de justicia*, oscurecido;
 Mas sobre el hondo valle y alto monte
 Con mas benigna llama,
 Luz y grato calor al par derrama
 La *Estrella de los mares*,
 Del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa
 Sus rayos puros en la patria amada;
 En tierra de Sion muy apartada
 Con la de *Magdalum* jóven hermosa,
 Y Juan, el preferido,
 Que al destierro á las dos ha conducido,
 Vive, esperando el día
 De á la mansion volar de la alegría.

En Efeso altanera,
 Se refugió Miriam del odio insano
 Por escapar del opresor romano,
 Que con soberbia impía y saña fiera
 Persigue á los que oyeron
 La voz del Salvador y la siguieron,
 De los dioses mentidos
 Los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora
 La tierra del Señor santificada,
 Por Juan y Magdalena acompañada,
 MARIA, de los ángeles señora;
 Empero el sumo instante
 Se acerca, en que ya libre el alma amante
 De sustos y dolores,
 Vuele hácia la region de los amores.

Mas no víras amonias
 Sus rayos puros en la patria amada;
 En tierra de siem muy apartada
 Con la de Magdalena jóven hermosa,
 Y Juan, el profeta,
 Que al destierro á las dos las condujo,
 Tives esperando el día
 De á la mansion volar la alegria.

IV.

En la ribera undosa
 Del bello mar Icario,
 Del astro vespertino
 Al moribundo rayo,
 Ocultas en la sombra
 Al pié de algun peñasco,
 Se miran dos mugeres
 Cubiertas con sus mantos:
 Miriam y Magdalena
 Son, que los lares patrios
 Recuerdan afligidas
 En el confin estraño.

Y Efeso en vano ostenta
 Sus torres y palacios,
 Sus plácidos jardines,
 Sus muros almenados,
 Sus límpidos arroyos
 Y sus feraces campos;
 Y en vano, en régia pompa,
 Los montes y los llanos
 Se cubren de áureas mieses,
 Pastores y rebaños:
 Lamentan ¡ay! las tristes,
 Del caro suelo patrio
 Las abrasadas lomas,
 Los ásperos collados;
 Que el alma nunca olvida
 Del pobre desterrado,
 Aquel hogar paterno
 Do efimeros pasaron
 Sin penas ni zozobras
 Sus infantiles años!

¿Qué son las linfas puras
 Del arroyuelo claro,
 Ni el céfiro apacible
 Que alienta sobre el prado,
 Ni el poderoso muro,
 Ni el opulento fausto,

Ni en fin, los bienes todos
 Del suelo hospitalario?
 —Allí nada recuerda
 Del Redentor los pasos;
 Ni mármoles piadosos
 Conservan encerrados
 Allí de sus mayores
 Los restos venerandos.
 Por esto en las orillas
 Del piélago salado
 Tal vez siguen sus ojos
 Algun velero barco,
 Que en rumbo el mar divide
 Hacia los lares patrios!
 Y acaso entre sollozos
 Bañadas en su llanto,
 Recuerdan la alta cumbre
 Del Líbano argentado,
 Las encrespadas olas
 Del turbulento lago
 De Tiberiades, donde
 Jesus con firme paso,
 En medio á la tormenta,
 Al barquichuelo náufrago
 Llegó, do sus amigos
 Lloraban angustiados
 En la borrasca impia
 Viendo su fin cercano;

O del feliz Carmelo
 Los picos azulados,
 Que acaso se confunden
 Con el etéreo espacio.
 Y brota de sus ojos
 Amargo y crudo llanto,
 Mientras el rumbo siguen
 De algun velero barco
 Que en medio al remolino
 Del piélago salado,
 Navega magestuoso
 Hacia los lares patrios.

